GALERÍA LÍRICO-DRAMÁTICA

DE

LA ZARZUELA.

EL CAPITAN ESPAÑOL,

ZARZUELA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

Pedro Enrique Ramos

Luis Ayala

MADRID:

IMPRENTA DE J. M. DUCAZCAL, PLAZUELA DE ISABEL II, N. 6.

1859.

EL CAPITAN ESPAÑOL,

ZARZUELA EN TRES ACTOS,

ORIGINAL DE

D. PEDRO ENRIQUE RAMOS,

MÚSICA DE

D. LUIS CEPEDA.

Representada en el teatro de la Zarzuela.

MADRID:
IMP. DE J. M. DUCAZCAL, PLAZUELA DE ISABEL II, N. 6.

1859.

PERSONAS.	ACTORES.
LUCINDÁ	STA. MURILLO.
MARIETA	SRA. SORIANO.
ENRIQUE	SR. SALCES.
STEFFANO	SR. CALTAÑAZOR.
PAOLO	SR. CALVET.
EL MARQUÉS	SR. CUBERO.
BELTRAN	SR. MUÑOZ.
UN GONDOLERO	SR. ROCHEL.
UN HERALDO.	

Soldados españoles y franceses.—Hombres y mujeres del pueblo.—Criados del Marqués.

La escena pasa en Castellaneta.—Epoca de la accion, 1503.

La propiedad de esta Zarzuela pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en los teatros de España y sus posesiones, ni en los de Francia y las suyas.

Los corresponsales de la GALERIA LIRICO-DRAMATICA DE LA ZARZUELA, *son los encargados esclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.*

ACTO PRIMERO.

A la derecha, casa con balcon corrido y un letrero en la puerta que dice: *Hostería de Steffano;* en el fondo algunos árboles, dejando ver á muy corta distancia el rio Gravina. (Por derecha é izquierda, entiéndase la del actor.)

ESCENA PRIMERA.

Introduccion.

Al levantarse el telon se oyen dentro de la hostería voces, ruido de platos, etc. *Algunas mujeres aparecen en escena y se dirigen á la hostería.*

MUGERES. Tomás? (*Llamando cerca de la puerta.*)
OTRAS. Paolo?
VARIAS. Jacobo?
(*Salen algunos hombres de la hostería.*)
CORO M. Qué voces son esas
que pueblan el viento
con sordo rumor?
Si á casa no regresas
se aumenta mi temor.
CORO H. Las gentes de guerra
que de esta comarca

717151

los dueños ya son...
al vino de su tierra
están haciendo honor.
(*Al retirarse oyen cantar dentro y se detienen.*)

CORO DE OFICIALES FRANCESES *dentro de la hostería.*
De los tercios castellanos
domaremos la arrogancia,
y muy pronto será Francia
la señora del país.
Pues las huestes del contrario
por el miedo acobardadas,
con nosotros sus espadas
no se atreven á medir.
Que no haya capricho,
ni antojo, ni empeños,
que no consigamos
llevar hasta el fin.
Cumpliendo lo dicho
seremos los dueños,
seremos los amos
de todo el país.

CORO DE PUEBLO. Cual siervos nos tratan
pues ley es su antojo;
mas caro ese intento
les puede salir.
Si al pueblo maltratan
y encienden su enojo,
con noble ardimiento
sabrá resistir. (*Vánse.*)

ESCENA II.

Sale de la hostería MARIETA *seguida de* STEFFANO.

MAR. Ya no se puede sufrir.
Vaya un alboroto! Es mucha
insolencia.

STEF. Atiende, escucha...
Te vas?

MAR. Pues no me he de ir?

En la casa de mi tia
estaré tranquilamente,
mientras Lucinda y su gente
acuden á la hostería.

STEF. Pero mujer, es capricho.
Por qué dejas tu mansion?

MAR. Porque quiero.

STEF. La razon
es convincente.

MAR. Lo dicho.
Quieres que esté hasta mañana
oyendo tanto improperio?
Me voy.

STEF. Ten algun criterio (*Deteniéndola.*)
mujer.

MAR. No me dá la gana.

STEF. Eh?

MAR. Que no me quedo aquí
y agradecérmelo debes,
pues ya que tú no te atreves
á echarlos...

STEF. Pobre de mí!
No me cuento ya por vivo
si riño con los franceses.
Además, mis intereses
me mandan estar pasivo.
Mas, sin embargo, te juro
que para vengarte basto;
y cuando paguen el gasto...
me he de vengar de seguro. (*con brios.*)
Soy hostelero de oficio,
y en tan noble profesion
debo ser, por precision,
muy exacto en el servicio.
Cuantos vienen á mi casa,
con tal de que paguen bien,
me importa poco que estén
con moderacion escasa.
Gritan-yo me estoy callado:
riñen-no es ninguna afrenta.
Despues aumento la cuenta

y pagan lo que han gritado.

MAR. Sí, tienes razon de sobra;
mas si entre tanto importuno
se atreve á abrazarme alguno,
el abrazo no se cobra.
Y en medio de tal estruendo
ellos... gracias á que yo
me he salido, que si no...
(*Indicando que la querian abrazar.*)

STEF. Sí? pues márchate corriendo.

MAR. En este estado, á mi ver,
no podemos tener paz.

STEF. Si alguno sale es capaz...
(*Mirando á la casa con recelo.*)
no te detengas mujer.

MAR. Es muy corta la ganancia
despues de tanto tragin,
y que nos tienen, al fin,
por gentes sin importancia.
Si otro mi marido fuera
yo estaria en candelero;
y así...

STEF. Ya lo estarás, pero...
que salen! vete ligera. (*Empujándola.*)

MAR. Viene uno solo.
(*Mirando al interior de la hostería.*)

STEF. No obstante,
vete: (conviene alejarla,
que es muy capaz de abrazarla
aun cuando yo esté delante.) (*Váse María.*)

ESCENA III.

STEFFANO, *el* MARQUÉS.

MARQ. (Aun no vino.)
(*Despues de observar la escena.*)

STEF. Gran señor,
(*Haciendo reverencia.*)
qué tal os va pareciendo
la comida?

MARQ. Pst! comprendo
que pudiera ser mejor.
STEF. Esa respuesta me humilla
y me pone en gran apuro,
porque mi hostería, juro,
que es la mejor de la villa.
MARQ. Hay otras?
STEF. No, caballero;
pero algo debe valer
cuando aquí viene á comer
la gente de mas dinero.
Hoy Paolo, el pescador,
á sus amigos convida
siendo la cena servida
en mi casa; sí, señor.
MARQ. Pero es algun potentado (*Con interés.*)
ese hombre?
STEF. No ciertamente:
mas tiene lo suficiente
para vivir desahogado.
El hado le fué propicio
y la pesca abandonó,
mas no por eso olvidó
á los que son del oficio.
Y como vive sin pena
y todos le quieren tanto,
celebra siempre su santo
dándoles una gran cena.
MARQ. Hace bien.
STEF. Dispuesta está.
MARQ. No tiene ese pescador
una hija?
STEF. Sí señor,
Lucinda! Pronto vendrá.
MARQ. (Debo esperarla.)
STEF. Por cierto
que es muy linda á no dudar.
Y si la oyérais hablar!
lo mismo que un libro abierto.
Con mi esposa á lo mejor
habla de historia y demás...

y mi mujer habla mas,
pero habla mucho peor.

MARQ. Me la enseñaron ayer
y me pareció muy bella.

STEF. Ya lo creo. El novio de ella
qué mas puede apetecer?

MARQ. Tiene amante?

STEF. Hace medio año...

MARQ. Es cierto?

STEF. Qué, os asombrais?
(*Notando el movimiento.*)
Como hace poco que estais
en la villa, no es estraño
que ignoreis lo que aquí pasa;
pero es historia curiosa.

MARQ. Bien: sepámosla.

STEF. Hará cosa
de algun tiempo, que á su casa
trajo un pobre pescador
á un hombre todo cubierto
de polvo y sangre; por cierto
que el verle causaba horror.
Muy cerca de aquí aquel dia
se habia batido el cobre,
y al parecer muerto, el pobre
en el campo quedaria.
Era oficial español:
Lucinda cuidó al herido,
y él sin duda, agradecido,
y viéndola como un sol
linda—no estoy enterado,
mas si no miente la fama,
cuando él salió de la cama
ya se hallaba enamorado.
Pero aquí se acercan; voy
(*Mirando por la derecha.*)
á que se disponga todo.

MARQ. (Cómo hallaria yo modo...)
(*Váse pensativo por la izquierda.*)

STEF. Qué buen dia echamos hoy!
(*Entra en la hostería frotándose las manos.*)

ESCENA IV.

LUCINDA, PESCADORES *y* PESCADORAS. PAOLO.

Canto.

PESCADORES. Que muchos años viva
el rico pescador.
PAOLO. No hay dicha mas cumplida,
ventura no hay mayor
que verse con amigos
en grata reunion. (*Se dirigen á la hostería.*)
No vienes? (*A Lucinda.*)
LUC. Padre mio,
entrad, que al punto voy.
(*Los pescadores entran en la hostería.*)
PESCADORES. Que muchos años viva
el rico pescador.

PESCADORAS. Profunda tristeza
se alberga en tu pecho;
sin duda la causan
recuerdos de amor.
LUC. Con tales amigas
no es justo el secreto:
sabed pues la causa
de tal situacion.

Por siglos de pesares
las horas cuenta
quien espera á su amante
con impaciencia.
Pues no hay martirio
que compararse pueda
con este mio.
Mi vista tiendo
por la ancha vega,
de nuevo miro,
pero él no llega.
De mis ventanas

salgo á la reja
y en balde paso
la noche en vela.
Ya pienso verle,
que aquí se acerca...
Deseos locos
de mi impaciencia.
Ah! no hay martirio
que compararse pueda
con este mio.

(*A un tiempo.*)

LUCINDA.

El sabe que aquí mismo
le espero ya...
Deseo por instantes
verle llegar.

CORO.

No es fácil que tu rostro
llegue á olvidar,
quien en sus gracias preso
se encuentra ya.

(*Las Pescadoras entran en la hostería.*)

ESCENA V.

LUCINDA, *luego el* MARQUÉS.

Hablado.

LUC. Que al anochecer viniera
le escribí... si no vendrá?
Voy á ver si llega...
(*Se dirige hácia el fondo derecha.*)

MARQ. Ahora (*Saliendo.*)
es la ocasion. Sola está. (*Se acerca á ella.*)
Lucinda?

LUC. Quién? (Cielo santo!
otra vez!)

MARQ. Os asustais?

LUC. No: pero en esa hostería
me esperan.—Adios quedad.

MARQ. Posible será que siempre (*Adelantándose.*)

con desden me recibais,
y que en pago á mi ternura
mire vuestra crueldad?
Yo bien quisiera evitarlo
si os causo disgusto tal,
pero sigo vuestras huellas
sin poderlo remediar.
Y mientras en la hostería
se solazan mis demás
compañeros, he salido
por ver tan rara beldad.

LUC. Agradezco la lisonja,
pero os debo contestar
que viendo ayer mi desvío
es estraño que insistais.

MARQ. Se pincha á veces la mano
cuando se acerca al rosal,
mas no por eso la rosa
se abandona sin cortar.

LUC. En ese caso deploro
señor, vuestra terquedad,
pues la que una vez fué esquiva,
esquiva siempre será.

MARQ. Quién sabe!

LUC. Basta lo dicho. (*Retirándose.*)

MARQ. Luego es cierto que quizás
por otro hombre..! en ese caso
temed mi venganza!

LUC. (Ah!) (*Deteniéndose.*)

MARQ. Gobernador de esta villa
soy: ley es mi voluntad.

LUC. (El gobernador!) (*Aterrada.*)

MARQ. Ya ves
que en mí tu fortuna está.

LUC. (Gran Dios! Temo por Enrique.
Si llega á verle es capaz...)

MARQ. (Medita: este es el momento
de poderla deslumbrar.)

Canto.

MARQ. Si tu desvío pronto depones,
si te haces cargo de mis razones,
tesoros grandes hay en la tierra,
placeres bellos el mundo encierra...
pero todo
de ese modo
á tus plantas lo pondré.
LUC. (Si Enrique llega (*Inquieta.*)
y aquí le vé...)
MARQ. Mis ruegos oye.
LUC. Jamás lo haré.
Placeres bellos el mundo encierra,
tesoros grandes hay en la tierra,
mas de mi fama se empaña el brillo
si al aceptarlos torpe me humillo.
Todo, todo
de ese modo
despreciarlo es mi deber.
(*Se dirige á la hostería.*)
MARQ. Lucinda, accede.
LUC. Dejadme ya.
(De aquí no se separa
y Enrique va á llegar.)
MARQ. De mí te alejas?
LUC. No me sigais. (*Vase á la hostería.*)
MARQ. Seguirte es mi deseo.
(*Se presenta Enrique y le estorba el paso.*)
ENR. Os puede al fin pesar.

ESCENA VI.

ENRIQUE, *el* MARQUÉS.

MARQ. (Qué veo! Oh rabia!
Sin duda es él!)
ENR. En la hostería
no penetreis.

MARQ. Empeño vano
el vuestro es.
ENR. Mi espada al punto
lo hará valer.

Si acaso á la hostería
pensábais ahora ir
siguiendo á la hermosura
que estaba há poco aquí,
mirad de qué manera
llegais hasta ese fin,
que yo, teniendo acero,
no lo he de permitir.
MARQ. Figuraos que desdeño
amenaza tan pueril.
ENR. De vos pende que lo cumpla.
(*Desnudando la espada.*)
MARQ. Es locura! A qué reñir
por tan poco?
ENR. No por cierto.
que no hay nada para mí
mas querido que el reposo
de la dama que elegí.

(*A un tiempo.*)

ENRIQUE.	MARQUÉS.
Es esa dama	De su adorada
la que yo adoro,	salió en defensa,
dulce tesoro	tomando á ofensa
del corazon.	que la hable yo.
Y al que ofenderla	Mas por tan poco
pretenda osado,	reñir no debo,
con mi acero castigado	cuando puedo del mancebo
será al punto, vive Dios!	castigar la decision.

(*El Marqués se va por la izquierda, Enrique se dirige á la hostería á tiempo que vuelve á salir Lucinda.*)

ESCENA VII.

ENRIQUE, LUCINDA.

Hablado.

LUC. Enrique!
ENR. Lucinda mia!
LUC. Impaciente estaba ya
por tu tardanza.
ENR. He llegado
hace poco; te ví entrar
en la hostería... pero iba
á seguirte un oficial...
LUC. Le hablaste?
ENR. Por qué te turbas?
LUC. No es nada.
ENR. Temblando estás.
LUC. Vienes solo?
ENR. No: un criado
espera con mi alazan
cerca de aquí.
LUC. Vete al punto.
ENR. Qué? (*Con estrañeza.*)
LUC. No debes retardar
tu marcha.
ENR. Marcharme ahora!
Lucinda, en tu juicio estás?
Cuando en alas del deseo
y despues de ausencia tan
larga, gozoso á tu lado
vuelo presuroso ya.
Cuando me consideraba
dichoso porque mi afan
allanó cuanto podia
nuestra ventura estorbar,
me recibes de este modo
y con tanta frialdad?
LUC. No. Las horas que sin verte
he pasado por mi mal,

siglos eran—á mis ojos
se lo puedes preguntar.
En lágrimas se anegaban
cuando llena de ansiedad
mirando por la campiña
no te veian llegar.
Mas te escribí que á estas horas
vinieras hoy puntual;
has venido, y en contento
se ha de trocar mi pesar.

ENR. Pues entonces, por qué quieres
que de tí me aleje ya?

LUC. Oye, ese hombre que conmigo
conversaba poco há... (*Se interrumpe.*)

ENR. Qué?

LUC. Me habló de su pasion.

ENR. Y le he dejado marchar
sin castigo!

LUC. No le oí.
No va castigado ya?

ENR. Cuán buena!

LUC. Pero temiendo
estoy que vuelva; quizás
se ha marchado para urdir
alguna trama infernal.

ENR. Nada temas.

LUC. Como en guerra
desde hace algun tiempo estais
españoles y franceses,
y has dejado hoy tu disfraz...

ENR. Tranquilízate. Aplazada
está toda hostilidad,
y para que temas tanto
no hay fundamento. Además,
vengo tambien encargado
de una mision especial
que el buen Gonzalo de Córdoba
me ha querido confiar.
Si no depone el francés
su loca temeridad,
dentro de poco la lucha

de nuevo comenzará.

LUC. Oh Dios!

ENR. Y porque á mi lado
vivas, sin tanta ansiedad,
quiero que mañana mismo
nos unan en el altar.

LUC. Enrique!

ENR. En el campamento
ya todo dispuesto está;
con que así, tanta ventura
vamos á participar
á tu padre.

LUC. No, no entres. (*Deteniéndole.*)

ENR. Por qué?

LUC. Mi felicidad
se turba al pensar que puedes,
en esa guerra fatal...

ENR. No; volveré á ver mi patria
y tú conmigo.

LUC. Es verdad
que España posee tantos
atractivos..!

ENR. Oh! Sí tal.

Canto.

ENR. Apenas en mi patria
tu pié coloques,
mayor será la dicha
de tus amores.
Doquier la vista tiendas
su suelo esconde
de palmeras esbeltas
frondosos bosques.
Alegres riachuelos,
murmuradores,
bañando van sus campos
de bellas flores.
Valientes en la guerra
sus moradores,

galanes con las damas,...
son siempre nobles.

———

Patria mia! hermosa cuna
de la gloria y el amor.
Quién dichoso no se juzga
si en tu suelo se crió!

LUC. Es tu patria cuna hermosa
de la gloria y el amor.
Pero el mio, aunque allí viva,
ya no puede ser mayor.

ESCENA VIII.

DICHOS *y* MARIETA.

Hablado.

MAR. Muy bien, muy bien!

LUC. Marieta!

MAR. Muy juntitos, que me place.
Y los convidados?

LUC. Todos
están adentro.

MAR. Y tu padre?

LUC. Tambien.

MAR. Pues vamos allá.

LUC. No.

ENR. Qué motivo importante
lo impide?

LUC. Será un capricho,
pero debes respetarle.
Cenando están en tu casa (*A Marieta.*)
unos cuantos oficiales
franceses, y evitar quiero
que te vean. (*A Enrique.*)

ENR. No le hace.
(*Queriendo entrar en la hostería, Marieta se adelanta.*)

MAR. Dice muy bien. Es posible
que con ellos haya un lance.

Buena gente es! Por no oirlos
he tenido que marcharme.

ENR. Pues qué, tan mal se conducen
gentes de suyo galantes?

MAR. Uf! Si los hubiérais visto...
qué! Ni una legion de cafres.
Ya se vé; sin duda el vino
habia tomado parte
en sus ideas... de modo
que no hay ya quien los aguante.
Figuraos si estarán
faltos de sentido casi,
cuando decian que son
los españoles cobardes.

ENR. Dicen eso?

MAR. A voz en grito.
(*Movimiento de Enrique.*)

LUC. Qué te importa?

ENR. Miserables!
Por mi nombre! que no tienen
motivos en qué fundarse.

MAR. Claro: las gentes del pueblo
dicen que un español vale
mas que diez franceses juntos.

ENR. Como nos quieren bastante,
exageran: nada de eso.
Vencer enemigos tales
cuesta mucho; que á esos hombres
el valor no hay que negarles.
Nemours, Bayardo, otros muchos
que ahora pudiera citarse,
son buen ejemplo de que
tienen corazon muy grande.
Poco importa que peleen
bajo distinto estandarte;
conozco que son valientes,
por qué hacerles un ultrage?

LUC. Siempre generoso.

MAR. En eso
no son los otros iguales.

ENR. Si ahora el valor nos niegan,

ellos lo contrario saben.
Conquistamos no hace mucho
juntos el Reino de Nápoles,
y nuestras gentes tuvieron
en la victoria gran parte.

MAR. Pero, señor, mi tanto
veo que fatigo en balde.
Si españoles y franceses
vinieron á apoderarse
del país, y lo lograron
despues de tantos desastres,
en qué consiste que ahora
están prontos á matarse?

LUC. Cuántas veces te lo he dicho,
Marieta.

ENR. Es cosa fácil;
Nemours y el gran capitan
Gonzalo, no conformándose
en el reparto, dejaron
que las armas lo allanasen.
Los franceses, mas en número,
está claro que al instante
se apoderaron de todas
las plazas mas principales.
Mas no por eso presuman
que su triunfo es muy probable.
Retirados en Barletta
esperamos que nos manden
refuerzos.—Mañana llegan
unos dos mil alemanes,
dispuestos como nosotros
á verter toda su sangre.
Y entonces, si de buen grado,
no ceden á nuestros planes,
pensamos de este país
echarlos á todo trance.

MAR. Mala nueva habeis traido.

LUC. Otra tengo yo que darte.
Me caso.

MAR. Será posible? (*Abrazándola con alegría.*)

LUC. Sí.

ENR. Ya se va haciendo tarde:
mientras busco á mi criado
para que en tu casa aguarde
nuestra vuelta, en la hostería
entrad. Volveré al instante (*Yéndose.*)

LUC. Mira, para que no tengas
que ver á los oficiales...

ENR. Temor pueril.

LUC. Una góndola
buscarémos, si te place.
Ya ves, la noche convida
á gozar la brisa suave
del rio; en ese intermedio
se irán, como es muy probable,
de la casa, y sin temor
á que te suceda un lance,
volvemos los tres á hacer
compañía á mi buen padre.

ENR. Mi voluntad es la tuya.

MAR. Y yo apruebo tu dictámen.
Tambien Steffano irá
por la góndola al instante.

LUC. Adios Enrique.

ENR. Amor mio...
(*Tomándola las manos.*)

MAR. Yo no veo.

LUC. Que no tardes.

(*Enrique se va por la derecha. Lucinda y Marieta entran en la hostería.*)

ESCENA IX.

El MARQUÉS *y* CRIADOS.

MARQ. Tened cuidado; si sale
de esa casa el capitan
mi deseo no olvideis.

BELT. Señor, cumplido será.

(*Se ocultan por la izquierda entre los árboles.*)

ESCENA X.

El Marqués, Steffano.

Hablado.

Stef. Bien, mujer, basta de injuria;
voy, te quiero complacer.
(Está visto! mi mujer
no es mujer, es una furia.)
Marq. Mal genio traes. Qué pasa?
Stef. No es raro que se me tuerza.
Toma! Como que á la fuerza
me han hecho salir de casa.
Figuraos, señor mio,
que la linda pescadora
Lucinda, quiere á esta hora
pasearse por el rio.
Marq. Cómo? (*Con interés.*)
Stef. Y mi cara costilla
sin ver que estoy ocupado,
me hace ir incomodado
en busca de una barquilla.
(*El Marqués queda pensativo.*)
A servir de cocinero
á un gran señor, me acomodo,
y mi mujer de este modo
se hallaria en candelero.
Porque al fin si eso consigo,
viéndose hecha una señora,
no estará como está ahora...
riñendo siempre conmigo.
Pero son vanas quimeras:
tengo una pícara suerte!
Marq. Tal vez pueda complacerte
yo en tus deseos.
Stef. De veras?
Marq. Mi amigo el gobernador
necesita cocinero.
Stef. Soy hombre feliz! Espero

que vos me hareis el favor
de hablarle por mí.

MARQ. Sí tal.
Y mas aun si se ofrece.
Le dices, si te parece,
que te manda un oficial.

STEF. Justo.

MARQ. Con que vete presto.
(*Queriendo alejarle.*)

STEF. Ahora no me es fácil.

MARQ. Bien.
(*Con aparente indiferencia.*)
Lo dije, porque hay tambien
otro que quiere ese puesto.

STEF. Diablo!

MARQ. Pero mira, todo
lo puedes á un tiempo hacer.

STEF. Sí, contaré á mi mujer
lo que hay. (*Dirigiéndose á la hostería.*)

MARQ. De ningun modo. (*Se lo impide.*)
le dices al gondolero
que venga derecho aquí,
y tú mientras tanto...

STEF. Sí. (*Comprendiendo.*)
Al palacio voy ligero.

MARQ. Ese es el medio mejor.

STEF. Sí, sí; voy en el momento.
(*El Marqués le indica que se vaya.*)
Y gracias por... Ganas siento
de abrazar á este señor. (*Vase.*)

ESCENA XI.

El MARQUÉS, BELTRAN.

MARQ. Aprovechemos... Beltran? (*Llamando*)
Rizzi? (*Salen los Criados.*)
A mi voz puntuales. (*Se retiran.*)
Oye tú. Los oficiales (*A Beltran.*)
mi tardanza notarán.
Entra y cuéntales la escena

diciendo que no me esperen,
y que en palacio, si quieren,
pueden continuar la cena.
(*Beltran entra en la hostería.*)

ESCENA XII.

El Marqués.

Pronto, pescadora altiva,
estarás en mi poder,
y pronto vamos á ver,
si continúas esquiva.
Mas no será como antes
mujer que se me resista,
y cuando tenga á la vista
flores, adornos brillantes...!
de mi poder en desdoro
no es fácil que me desprecie:
que una mujer de esa especie
casi siempre cede al oro;
y si desprecia mi anhelo,
consecuente con su afan,
entonces del capitan
no será, no: vive el cielo!
(*Se oye cantar dentro.*)

Canto.

Es la noche apacible y serena
y su calma convida á gozar;
la que sienta en su pecho honda pena,
venga aquí si la quiere ahuyentar.
Que es grato entre las olas
mecerse sin recelo
y ver sembrado el cielo
de estrellas por doquier.
Y al par que lontananza
la luna se divisa,
sentir que dulce brisa
refresca nuestra sien.
(*Aparece el Gondolero.*)

ESCENA XIII.

MARQUÉS, GONDOLERO.

MARQ. Eh? Gondolero?
GOND. Qué manda (*En la góndola.*)
vuesa merced?
MARQ. Dí, no es esa
la góndola que ha buscado
Steffano?
GOND. Sí, que vengan.
MARQ. Aun tardarán en salir
las damas que van en ella;
mas si quieres aguardarlas
echando algun trago mientras...
(*Indicándole la hostería.*)
GOND. Un trago? Santa palabra.
Casualmente tengo secas (*Salta á escena.*)
las...
MARQ. Hola!
(*Salen algunos criados que rodean al gondolero.*)
Pronto el sombrero... (*Se lo quita.*)
La capa... (*El Marqués se la pone.*)
GOND. Dejarme piensa
en camisa.
MARQ. Este bolsillo (*Se lo dá.*)
vale el doble de tus prendas.
Llevadle entre dos á casa;
los demás estad alerta.
(*Los criados se retiran por la izquierda llevándose al Gondolero. El Marqués salta en la góndola. Poco despues salen Lucinda y Marieta.*)

ESCENA XIV.

LUCINDA, MARIETA, *el* MARQUÉS; *luego* ENRIQUE.

MAR. Sí, sí, la góndola es.
Y mi esposo?
(*Dirigiéndose á la orilla del rio.*)
MARQ. Hablando queda
con un amigo.
ENR. He tardado?
LUC. No.
MAR. Ya la góndola espera.
ENR. Vamos.
LUC. Antes entra á ver
á mi padre, que desea
hablarte. (*Enrique se dirige á la hostería.*)
ENR. Bien.
MAR. (*Saltando en la góndola.*) Yo, ya entré.
Toma la mano. Ligera.
(*Apenas salta Lucinda en la góndola parte esta por la izquierda.*)
LAS DOS. Socorro!
(*Enrique se vuelve desde la puerta de la hostería.*)

ESCENA XV.

ENRIQUE, OFICIALES, CRIADOS.

Final.

ENR. Esos gritos!—Ah! cobarde!
Quién me deja sin amor?
(*Se dirige á la orilla del rio cuando salen los criados.*)
CORO. Quieto el paso! deteneos.
ENR. Libre el paso, ó por quién soy!
(*Tira del acero.*)
CORO. En el nombre y por mandato

del señor gobernador,
entregadnos esa espada;
pronto, daos á prision.

ENR. Preso yo! Dejad que ahora
del infame vaya en pos,
ó al que intente detenerme
le traspaso el corazon.
(*Los acomete á tiempo que se presentan los Oficiales en el balcon de la hostería.*)

CORO DE OFICIALES. Já! já! maneja
muy bien el plan;
el galan en un encierro
y robada la beldad.
(*Enrique al oir las carcajadas se vuelve, y los Criados le desarman.*)

ENR. Gran Dios! sus risas
lo prueban ya;
el infame que aquí estaba
ideó bajeza tal!

OFIC. Já! já! já! já!

ENR. Cobardes! Ah!
(*Dá un paso á la hostería y los Criados le detienen.*)

CRIADOS. Marchemos ya. (*Llévanse á Enrique.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon en el palacio del gobernador con balcon en el foro: puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

El Marqués *y* Coro *de* Oficiales franceses.

Canto.

Marq. Salud, amigos mios.
Coro. Venimos á saber
si al fin la pescadora
depuso su desden.
Marq. Ni dádivas, ni ruegos,
ni alardes de poder
consiguen que la bella
deponga su desden.
Coro. Mujer que así resiste,
muy linda debe ser.
Veamos si merece
el tiempo que perdeis.

MARQ. Beltran? (*Yendo á la puerta del fondo.*)
BELT. Señor.
(*Entrando.—Habla un momento con el Marqués y entra en la habitacion de la derecha.*)
CORO. La dama
muy linda debe ser. (*Unos á otros.*)
MARQ. Sí tal; es su belleza
mayor que su esquivez.

Su garganta, su rostro, sus manos
que envidia la nieve;
su talle y pié breve,
su tez virginal;
Su indomable esquivez, que parece
burlarse de todo;
me incitan de modo
que aumenta mi afan.
CORO. Su garganta, su rostro, sus manos
envidia la nieve;
de talle y pié breve
y tez virginal.
Todo indica que bien se merece
hacer lo que él hace.
Veremos, si os place,
tan rara beldad.
MARQ. Mirad, mirad.
(*Indicando la puerta por donde sale Lucinda.*)
CORO. Veamos... ¡Ah! (*Con asombro.*)

ESCENA II.

DICHOS, LUCINDA *y* MARIETA.

MARQ. Su bella faz
tiñe el rubor.
CORO. (*Unos á otros.*) El muy truhan
bien escogió.
MARQ. Venid, llegad.
No temas, no.

(*Presentando á Lucinda.*)
Siervos tuyos serán todos
cuantos ves en derredor.

LUC. Mirando están.
Oh, qué rubor!
Fraguando van
mi deshonor.
Me juzgan ya
su dama... oh!
Al pensarlo, la vergüenza
mi semblante enrojeció.

CORO. Qué linda está.
Es como un sol.
Su bella faz
tiñe el rubor.
Si es que tenaz (*Al Marqués.*)
sigue en su error,
á viva fuerza
lograd su amor. (*Vánse los Oficiales.*)

ESCENA III.

MARQUÉS, LUCINDA *y* MARIETA.

Hablado.

MARQ. Vivos deseos tenian
de ver jóven tan hermosa.

LUC. Y me habeis hecho salir
por satisfacer su loca
curiosidad... Ciertamente
ese paso no me asombra;
pues vos sois el dueño aqui,
y yo vuestra esclava ahora.

MARQ. Esclava? Dí mas bien Reina:
una frase de tu boca
órden será para todos
los que en mi palacio moran.
Muestra el deseo mas leve,
antojo de alguna cosa,
y verás que en el momento

satisfacerlos me importa.

MAR. (Necesitamos salir (*A Lucinda.*)
de este infierno á toda costa.)

LUC. Siendo así, por qué se cierran
las puertas para nosotras?
Por qué surcan mis mejillas
lágrimas abrasadoras,
cuando las podeis secar
con una palabra sola?
Ved señor, que mi buen padre,
lleno por mí de zozobra,
tal vez al dolor sucumba
porque mi destino ignora.
Ved que si al fin esta ausencia
en la hostería se nota,
tal vez en mi honor se cebe
la malicia caprichosa.
Sí, libradme de que suenen
frases que amengüen mi honra;
porque la impresion primera
difícilmente se borra,
y aunque desmentirla quiera
luego, fuera empresa ociosa,
porque del agua vertida
siempre queda alguna gota.

MARQ. Y qué recompensa logro
si accedo á lo que ambicionas?

LUC. El placer de haber cumplido
con vuestro deber.

MARQ. Muy corta
es por cierto.

LUC. Y además (*Con esfuerzo.*)
mi amistad.

MAR. No se conforma
con ella... pero quién sabe;
tras de eso vendrá otra cosa.

MARQ. Cómo?

LUC. ¡Marieta! (*Con enojo.*)

MAR. Vaya
Lucinda, no seas tonta.
Dice muy bien el señor;

ocasion tienes ahora
de ser por mucho concepto
rica, y hasta poderosa.

LUC. Pero mujer! lo que dices
sabes? (*En tono de reconvencion.*)

MAR. Yo haré que me oiga! (*Bajo al Marqués.*)

MARQ. Sí, píntale las ventajas
que mi pasion le reporta.
Me ayudarás?

MAR. Sí por cierto.

LUC. Sin duda se ha vuelto loca.

ESCENA IV.

DICHOS *y* BELTRAN.

BELT. Señor.

MARQ. Quién es?

LUC. Marieta!

MAR. Calla, torpe! (*En voz baja.*)

BELT. El que custodia
á ese Capitan, me ha dicho
que quiere hablaros á solas.

MARQ. Que se espere: al punto voy. (*Váse Beltran.*)
Pronto vuelvo, encantadora
Lucinda —Si la convences, (*A Marieta.*)
yo sabré con mano pródiga
pagarte. (*Váse.*)

MAR. (Cuántos, mejores
que tú, habrán ido á la horca.)

ESCENA V.

LUCINDA, MARIETA.

LUC. Esplícame, Marieta,
tu conducta misteriosa.

MAR. No acechen... (*Observando.*)

LUC. En qué consiste
que por el Marqués abogas?

MAR. Por supuesto! Ya te habrás

creido que yo gustosa
te viera ceder al punto
en agravio de tu honra.

LUC. Tus pabras lo indicaban.

MAR. Pues entonces las perdonas;
porque mi intencion, tan noble
(*Abrazándola.*)
era como provechosa.
(*Despues de mirar á todos lados.*)
Ese hombre infame no tiene
de nadie misericordia...
Ya ves, de su amor te habló,
á sus ruegos fuiste sorda,
y valido de un engaño
en palacio te aprisiona.

LUC. Mas le aborrezco por eso.

MAR. Pero es justo que conozcas
tu situacion; es preciso
aparentar otra cosa.
Cuanto mas altiva estés
mas sus deseos se doblan;
y á ese paso no salimos
en un mes de esta mazmorra.
Por lo mismo, es necesario
fingir que ya no te enoja
su pasion.

LUC. Eso jamás!
fuera una bajeza impropia
fingir que oigo con agrado
las palabras obsequiosas
de ese hombre... cuando mi Enrique
es dueño del alma toda!
Enrique! Qué pensará?
Qué habrá sido del! Me agobia
esta idea.

MAR. Quieres verle?

LUC. Y eso me preguntas?

MAR. Toma!

LUC. Hay algun medio?

MAR. Le hay,
si depones esa loca

temeridad.

LUC. Dí.

MAR. Procura
estar menos orgullosa
con ese Judas.—Le pides
que á mí en la calle me ponga,
para saber cómo sigue
tu padre: él te proporciona
ese gusto... y de aquí sales
sin que pase media hora.

LUC. Cómo? (*Confiada.*)

MAR. Una vez yo en la calle,
entero á cuantas personas
haya en mi casa: diré
que peligras! muchas cosas!
Como las gentes del pueblo
te estiman, y luego hay otra
razon... y es que á los tiranos
el pueblo siempre los ódia...
pedirán tu libertad
con voces estrepitosas,
y te la dará el Marqués
sin andarse en ceremonias.
El pueblo es muy numeroso
y él cuenta con poca tropa,
de modo...

LUC. No, Marieta,
no debo poner por obra
esos consejos; no es justo
que por mi causa se espongan...

MAR. Pero, mujer...

LUC. Disuadirme
no intentes. Sufra yo sola
las consecuencias de esta
desventura.

MAR. Que no es floja!
Y todo por esto. (*Tomándole la cara.*)
Cómo
hay quien quiera ser hermosa!
Hum! por fortuna yo estoy
libre de esas trapisondas!

LUC. Si sales, no veas mas
que á mi padre; le interrogas
por Enrique...
STEF. Aquí le espero, (*Dentro.*)
pues tengo que hablarle ahora.

ESCENA VI.

DICHAS *y* STEFFANO.

Música.

STEF. Mi esposa! (*con asombro.*)
LUC. Qué ventura!
STEF. Las dos aquí!
Qué diablos en palacio
haceis así?
MAR. No sabes?..
LUC. Ah! no sabes?..
STEF. El qué, decid.
MAR. Ay!
LUC. Ay!
STEF. Ay! De ese modo (*Imitándolas.*)
No concluís.
LUC. Las dos, víctimas fuimos
de inícuo ardid.
MAR. Robadas!
STEF. Ay! Si el víctima
seré yo al fin?
LUC. Ligeras en la barquilla
pusimos el pié las dos,
gozosas con la esperanza
de ver premiado mi amor.
De pronto en mis venas
la sangre se heló,
al verme en presencia
del torpe raptor.
Gritamos socorro!
pero él nos mostró
su daga, y el miedo
ahogó nuestra voz.

Partió entonces la góndola
con movimiento rápido,
y envuelta yo en mis lágrimas
dejéme conducir.
Del sobresalto víctima,
cerráronse mis párpados,
y en esta estancia lúgubre
al despertar me ví.

MAR. Prisioneras en palacio
nos hallamos, como vés;
bien funesta es la belleza
que de todo causa fué.

STEF. Jesucristo! Por hermosa
me han robado la mujer.
No me queda, no me queda,
(*Haciéndose cruces.*)
no me queda mas que ver.

LUC. Separada de mi Enrique,
separada de mi bien.
Ah! maldigo al miserable
que de todo causa fué.

STEF. Oye: Lucinda (*A Marieta.*)
se desmayó;
y tú qué hiciste...
lo mismo?

MAR. No.

STEF. Qué mala espina
me dá el valor
que mi costilla
le demostró!
Sola en la barca
con el traidor,
cuál habrá sido
la conclusion?

(*A un tiempo.*)

LUCINDA.
Lejos del dueño
que es de mi amor;

MARIETA.
No así tu pecho
ceda al dolor;

triste se agita
mi corazon.
Al miserable
que lo causó,
no le deseo
tanto dolor.

pronto saldremos
de esta mansion.
Yo haré de modo
que ese traidor
pague con creces
su vil accion.

Hablado.

STEF. Con que robada?
MAR. Robada.
STEF. Y nada mas?
MAR. Qué mas?
STEF. Toma!
Me parece que la broma
no habrá sido para nada.
MAR. De Lucinda está prendado
un francés; á quien maldigo.
STEF. Ya! Con que no vá contigo
nada..? (Me habia asustado!)
LUC. Mas, si nó sabias esto,
cómo es que has venido, dí?
STEF. Es muy fácil: porque aquí
voy á ocupar un gran puesto.
MAR. Un gran puesto! (*Con estrañeza.*)
STEF. Sí, pichona.
Así vivirás mejor.
Vengo á hablar con el señor
Gobernador en persona.
LUC. El Gobernador!
STEF. En casa
no estaba cuando he venido,
y ahora vuelvo.
MAR. Te has lucido!
Pues no sabes lo que pasa?
LUC. Con ese hombre vas á hablar
cuando es la causa de todo?
STEF. El Gober..! (Pues vaya un modo
que tiene de gobernar!)
LUC. Mi padre?
STEF. En casa ha quedado

á divertirse dispuesto.
Estrañaba, por supuesto,
que la vuelta no hayais dado:
Pero dijo : mientras llega
mi hija, trae lo escogido...
y á estas horas se han bebido
la mitad de la bodega.

LUC. Y Enrique no estaba allí?

STEF. No.

LUC. Buscándome estará
tal vez.

STEF. Calle! Si será
al que han preso?

LUC. Cómo!

STEF. Sí.
Decia abajo un soldado
que han cogido un oficial
español.

LUC. Preso!

MAR. No tal. (*Queriendo consolarla.*)
Si este se habrá equivocado.

STEF. No, mujer.
(*Marieta le hace señas de que calle.*)

LUC. Trance cruel !

MAR. No será.

STEF. En vano te empeñas...

MAR. (Torpe!)

STEF. Por qué me haces señas?
Cuando digo que era él.

MAR. Cállate, y vuelve ya á casa.
(*Llevándole aparte.*)
Allí, con negros colores,
á todos los pescadores
les cuentas lo que aquí pasa.

STEF. Bien.

MAR. Ellos se exaltarán
y buscarán la manera
de librarnos.

STEF. Considera
que los pobres se espondrán.
Los franceses son muy malos

y temo, por consiguiente...
mira chica, que esta gente
lo compone todo á palos.

MAR. Bueno, haz lo que quieras... pero
entre ellos solas aquí
y de noche, no sé si...

STEF. Demonio! Corro ligero.
(*Marieta vá á donde está Lucinda. Steffano sale por la puerta del fondo á tiempo que entra el Marqués.*)

ESCENA VII.

DICHOS *y el* MARQUÉS.

MARQ. Qué le trae al buen Steffano?

LAS DOS. El Marqués!

STEF. Sois vos? Oh dicha!
Si es que quereis protegerme
como hace poco decíais,
me vais á hacer un servicio.

MARQ. Te lo haré.

MAR. Steffano.
(*Queriendo llamarle la atencion.*)

STEF. Quita. (*A Marieta.*)
Verás como este oficial (*Aparte á las dos.*)
del Gobernador os libra.

MARQ. Está resuelto: serás
el gefe de la cocina.

STEF. Qué cocina, ni qué...—Nada:
no quiero ni agua bendita
de ese hombre.

MARQ. Por qué causa?

STEF. Os diré.
Sabed que el Gobernador,
con una conducta inícua,
ha robado dos mujeres..!
(*Marieta le tira de la ropa.*)
Lo de menos es la mia.
Pero y esa jóven! esa
inocente corderilla!

Esa que ya tiene un novio
casi esposo... por qué tiras
(*Volviéndose á su esposa.*)
de la ropa?—Como digo...

MAR. Señor... (*Adelantándose.*)

MARQ. Déjale que siga. (*Sonriendo.*)

MAR. Si ese es el Gobernador. (*A Steffano.*)

STEF. Ave María Purísima! (*Retrocede.*)
Perdonad... como ignoraba
que... la cuestion es distinta;
siendo vos... Bien habeis hecho!

MAR. Cómo!..

STEF. (Dije una heregía!)

MARQ. Supuesto que te has formado
de mí idea tan malísima,
te quedarás en palacio
á ver si la rectificas.

STEF. (Diablo! me encierra tambien!)

MARQ. La paga será crecida.

STEF. No señor, no...

MAR. (Si se queda
(*Aparte á Lucindá.*)
va á desbaratar mis miras.)

STEF. Siendo vuestro cocinero,
estallais el mejor dia.
Soy muy torpe.

MAR. Mi marido
hace falta en la hostería.

LUC. Sí, Marqués: dejad que salga,
pues marcharse necesita.
Además, asi á mi padre
podrá ver, y mas tranquila
quedo: es un favor al cual
os estaré agradecida.

MARQ. Bueno, accedo á tus deseos.
Puedes irte. (*A Steffano.*)

STEF. Y muy de prisa.
Que te defiendas. (*Aparte á Marieta: vase.*)

MARQ. A solas (*A Marieta.*)
dejadme aquí con Lucinda.
(*Marieta entra en la habitacion de la derecha.*)

ESCENA VIII.

LUCINDA, *el* MARQUÉS.

MARQ. Supongo que convencida
por Marieta, tal vez
de aquella injusta esquivez
estarás arrepentida.
LUC. Ni ella pudo pretender
de mí semejante afrenta,
ni es fácil que yo consienta
en faltar á mi deber.
Pensábais que sin demora
admitiria quizás
vuestros favores?.. Jamás!
MARQ. Cómo!
LUC. Vuestra accion liviana
disculpa hubiera admitido;
pero despues que he sabido
otra, no menos villana;
despues que en la cárcel gime
el dueño del alma mia,
por tan torpe cobardía
aborrezco al que le oprime.
MARQ. Desdichada! Mas acrece
al escucharte mi afan;
repara que el Capitan
tanta pasion no merece.
Esta mansion halagüeña
brinda, para tu recreo,
cuanto ambiciona el deseo,
y cuanto la mente sueña.
Y en lugar de este esplendor
el te dá solo su nombre.
LUC. La mujer, cuando ama á un hombre,
no quiere mas que su amor.
MARQ. De la respuesta que das,
ciertamente no me admiro,
porque sin duda al retiro
de tu vivienda, jamás

habrá llegado el rumor
de ventura apetecida.
No sabes que hay otra vida;
pero otra vida mejor?

LUC. Sé que en fiestas seductoras,
donde el pesar no halla entrada,
en esta rica morada
veis deslizarse las horas.
Sé que sin pudor ni freno,
sordá el alma á la congoja,
cuanto á vos se os antoja
dan los vuestros por muy bueno.
Sé que en torpe esclavitud
quereis mantener la villa,
y de la jóven sencilla
no respetais la virtud.
Sé que abusando, en verdad,
de todo ese poderío,
el menor antojo mio
trocareis en realidad;
y que habrá mas de una hermosa
que á vuestro amor se esclaviza,
de su fama olvidadiza
y de nombre codiciosa.
Pero no alcanza hasta mí
ley de un capricho bastardo;
que entera en el alma guardo
la virtud con que nací.
Con insistencia importuna
mil tesoros me ofreceis;
y eso prueba que debeis
favores á la fortuna.
Y es mengua que un torpe empeño
al deber severo mande.
Por qué, si nacísteis grande,
acabais por ser pequeño?

MARQ. Posible es que orgullo tal
pueda en tu pecho caber,
cuando se halla en mi poder
mi afortunado rival?
No ves que si mi quebranto

quiere venganza cumplida,
acortar puedo la vida
del hombre que estimas tanto?

LUC. Ah! no, no lo hareis así;
perdonad que os lo suplique.
Si habeis de matar á Enrique
matadme primero á mí.

MARQ. Bien tu amante desvarío
me pruebas con ese empeño;
y á otro no quiero ver dueño
del tesoro que yo ansío.
Escucha: aquí, prontamente
llegará, segun aviso,
el Capitan. Es preciso
que á su vista indiferente
permanezcas. Si en presencia
dél, el amor en tu cara
se llega á pintar, repara
que le dictas su sentencia.
Por el contrario: si en bien
suyo á mis planes suscribes;
si al parecer le recibes
con un completo desden;
si su arrogancia se humilla
y al fin se juzga olvidado,
apenas yo le haya hablado
libre saldrá de la villa.

ESCENA IX.

Música.

LUCINDA.

Me manda al verle
mostrar desvío,
y aquí su imágen
grabada está.
De qué me sirve
fingir, Dios mio!
si el alma entera

tras él se irá?
Ah! Ah!

Id suspiros
en brazos
del aura,
y á mi Enrique
decidle
la causa.
Decidle que deploro
negarle mi pasion;
mas sepa que le adoro
con todo corazon.

Acaso al verle
de amor movida,
gozosa mire
su noble faz.
Entonces... Cielos!
podrá en su vida
vengarse fiero
su vil rival.
Ah! Ah!

Id, suspiros, etc., etc.

ESCENA X.

LUCINDA. ENRIQUE *y* FELTRAN *seguidos de algunos soldados franceses.*

Hablado.

BELT. Podeis esperar aquí
que pronto sale el Marqués.
(*Entra en la habitacion de la izquierda.*)
ENR. Bueno. (*Los soldados se van.*)
LUC. Cielo santo! El es! (*Volviéndose al oirle.*)
ENR Lucinda! (*Corriendo á su encuentro.*)
LUC. Enrique!
(*Corriendo á su encuentro; luego retrocede.*)

Ay de mi!

ENR. Lucinda, á mis brazos ven,
pues ya cesa mi tormento.

LUC. Enrique yo... (Pasos siento.) (*Parándose.*)

ENR. Me recibes con desden? (*Asombrado.*)

LUC. Adios.
(*Haciendo un esfuerzo entra en su cuarto.*)

ENR. Tanta frialdad!

BELT. Aquí está el Gobernador. (*Se retira.*)

ENR. Oh Dios! Este fué el autor
de tan torpe iniquidad. (*Viéndole.*)

ESCENA XI.

ENRIQUE, *el* MARQUÉS.

MARQ. Segun me habeis avisado,
que hablarme con precision
teníais.

ENR. De una mision
urgente, estoy encargado.
Y celebro en este instante
que seais el que buscaba,
pues pediros deseaba
esplicacion importante.

MARQ. Bien: tal vez nos entendamos.
Decidme vuestra embajada.

ENR. Jamás la España ultrajada
será mientras que vivamos
sus hijos. Por mas reveses
que sufra, no ha de cejar,
y cara le ha de costar
la victoria á los franceses.
Retirados en Warletta,
ya toda tregua rompemos,
y muy pronto probaremos
que no en balde se nos reta
Gonzalo, que valor tiene,
me mandó deciros, pues,
que Castellaneta, es
plaza que á su plan conviene.

Que al punto, si no os humilla,
la entregueis... pues de otro modo,
se encuentra resuelto á todo
para entrar en esta villa.

MARQ. Pretensiones insensatas
propias de gente española;
mas no es esta la vez sola
que escucho tales bravatas.
Decid al Gran capitan, (*Burlándose.*)
ya que le dais ese nombre,
que no es fácil que me asombre
lo atrevido de su plan.
Que pues no entrego la plaza
por creernos muy seguros,
venga... y al pié de sus muros
se estrellará su amenaza.

ENR. Ved que intentais vuestra ruina;
nada su valor arredra,
y aquí piedra sobre piedra
no va á quedar si se obstina.

MARQ. Que se decida en buen hora.
Mi respuesta habeis oido. (*Retirándose.*)

ENR. El soldado ha concluido, (*Se adelanta.*)
y el amante empieza ahora.
Aquí se encuentra la dama
que para esposa elegí,
y permaneciendo aquí
en riesgo pone su fama.
Que libre salga en seguida
es mi deseo, Marqués:
y vos me dareis despues
satisfaccion muy cumplida.

MARQ. Vuestra exaltacion perdono.

ENR. A burla no lo tomeis,
pues demasiado sabeis
que hay razones en mi abono.
Sin hacer de ellas alarde,
á vuestro valor apelo.
Si rehusais... vive el cielo!
que os tacharé de cobarde!

MARQ. Yo cobarde! Tened cuenta!..

Con quien está hablando ignora?

ENR. En vos no contemplo ahora
mas que el autor de mi afrenta.
Por eso os he provocado
yo, que soy vuestro enemigo;
y batiéndoos conmigo
estais por demás honrado.

MARQ. Otro insulto!

ENR. Sí, á fé mia:
Lo que he dicho lo sostengo.
Mientras confiado vengo
aquí en vuestra hidalguía;
mientras que yo me reí
de vuestra ardorosa fé,
y sin castigo os dejé
cuando con Lucinda os ví...
vos con infame traicion
urdíais astuta trama,
para robarme la dama
y llevarme á una prision.
Dísteis un golpe certero
destruyendo mis afanes,
y echando mano de planes
indignos de un caballero.
Os portásteis, vive Dios!
como quien villano es...
Ahora bien, señor Marqués,
cuál vale mas de los dos?

MARQ. Desprecio tanta altivez
y olvido vuestro despecho,
porque no teneis derecho
para probar esta vez
mi valor.

ENR. No veis que tomo (*Fuera de sí.*)
la defensa de mi amada?

MARQ. Con haber sido robada
se juzga dichosa.

ENR. Cómo?

MARQ. Su corazon halagado
por el porvenir que vé,
en otro pone la fé

que á vos habia jurado.

ENR. Falso!

MARQ. Verdad. Es mujer...
Ya con su amor no contais.

ENR. (Su desvío.) (*Dudando*).

MARQ. A verlo vais.
(*Se acerca á la derecha y llama.*)
Lucinda?

ENR. No puede ser. (*Desechando la duda.*)

ESCENA XII.

DICHOS *y* LUCINDA.

Música.

ENR. Lucinda, prenda amada,
objeto de mi amor,
que pagas mi cariño
declara en alta voz.
Vergüenza no te cueste
tan grata confesion,
que así no habrá quien manche
el brillo de tu honor.

MARQ. Lucinda, si cual pienso,
tu afecto no cambió,
la duda que le hiere
disipa en alta voz.
Confiesa que al dudarlo
ya estaba en un error.

ENR. Que pagas mi cariño
declara en alta voz.

LUC. (Si digo que le quiero,
se venga ese traidor...
y Enrique me aborrece
si oculto mi pasion.
Martirio semejante
jamás se imaginó!
Callar te importa ahora,
mi pobre corazon!)

ENR. No respondes?
LUC. Yo... (*Lucha.*)
ENR. Lucinda,
ve que en dudas me impaciento.
Dime al punto...
LUC. (Qué tormento!)
ENR. Si cambiaste de aficion.
LUC. Eso nunca..! (*Enrique se acerca confiado.*)
Nunca, Enrique.
(*Se acerca á Lucinda con aire sombrío.*)
lo creí... pero mi amor...
(Qué mirada!)
ENR. Sigue. (*Con impaciencia.*)
MARQ. Sigue.
LUC. Ya no es vuestro desde hoy. (*Con esfuerzo.*)
ENR. Oh! (*Con rabia.*)
MARQ. Oh! (*Con satisfaccion.*)
LUC. Oh! (*Con dolor.*)

ENR. El secreto de nueva pasion
en sus lábios escucho por fin.
De mi mente será una ilusion?
No por cierto; sus frases oí.
Ah traidora! prefiere el baldon
á la dicha que yo la ofrecí.
Me engañaste mintiéndome amor...
Maldicion! maldicion sobre tí!
LUC. Ah! No.
(*Se adelanta el Marqués y ella retrocede.*)
Cielos! que vendo mi amor
se figura... Destino infeliz!
Tú, Dios mio, que sabes mi honor,
ves que finjo salvándole así!
MARQ. (Ha guardado, cediendo al terror,
el silencio que yo le exigí.
No tolero que él goce su amor
si tampoco ha de ser para mí!)

(*A un tiempo.*)

ENR. Me engañaste fingiéndome amor, etc.
LUC. Tú, Dios mio, etc.!
MARQ. No tolero... etc.

(*Vase Enrique; el Marqués le sigue, Lucinda cae desvanecida en un sillon. Continúa la orquesta.*)

ESCENA XIII.

LUCINDA, *luego el* MARQUÉS, *despues* MARIETA *y* BELTRAN.

LUC. Maldiciéndome se ha ido!
Eso no! Enrique!
(*Yendo hácia el foro, entra el Marqués.*)
MARQ. Qué vas
á hacer?
LUC. Voy en busca suya,
á decirle la verdad.
MARQ. Desdichada! Considera
que está en salvo mi rival,
y si ahora le detienes
la vida le costará.
LUC. Oh! (*Deteniéndose.—Gritos á lo lejos.*)
MARQ. Esas voces... (*Yendo á la puerta.*)
MAR. Lucinda!
los pescadores están
á las puertas de palacio.
BELT. Señor! (*Entrando apresuradamente.*)
MARQ. Qué es eso, Beltran? (*Se oyen mas cerca.*)
BELT. Que algunas gentes del pueblo
piden ya la libertad
de ésa dama. Ved, señor.

(*Abre el balcon y se descubre la plaza de Castellaneta llena de gente con antorchas.*)

MARQ. Castigaré ese desman.

LUC. Por causa mia se esponen.
MARQ. Sí.
BELT. Contenerlo no habrán
podido nuestros soldados,
y aquí se acercan. Salvad
la vida.
(*Queriendo cerrar las puertas, el Marqués lo impide.*)
MARQ. Nunca!
PAOLO. (*Dentro.*) Lucinda!
LUC. Padre mio!
MARQ. Qué intentais?
(*Sale á su encuentro, el Marqués se adelanta.*)

(*Paolo y varios pescadores se presentan en la puerta del foro precedidos de algunos oficiales y soldados que tratan de impedirles la entrada.*)

ESCENA FINAL.

LUCINDA, MARIETA, PAOLO, *el* MARQUÉS, STEFFANO, BELTRAN, OFICIALES, *soldados.—Gente del pueblo.*

MARQ. Quién es el osado que en mengua á mi nombre
dirige amenazas aquí á su señor?
PAOLO. Un padre ofendido que pide justicia.
OFICIALES Prendedle.
PAOLO. Villanos.
LUC. Señor, compasion!
(*El pueblo se adelanta. Empieza la lucha entre él y los soldados.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Vista esterior de un castillo en el fondo. Casa á la izquerda con escalera y dos puertas laterales que ocupa una tercera parte del teatro. Otras varias casas de pobre apariencia por diferentes lados. Al levantarse el telon aparece la escena llena de gente. Los vecinos de las casas salen unos á las puertas, y otros asoman á las ventanas. Soldados franceses atraviesan la escena, y desaparecen por detrás de la casa de la izquierda. Empieza á amanecer.

ESCENA PRIMERA.

Hombres y mujeres del pueblo. MARIETA *á la puerta de la casa.* LUCINDA *dentro de la misma y cerca de la puerta, en ademan de escuchar.*

CORO H. Van presurosos á la muralla:
ya la coronan soldados mil.
Todo presagia la gran batalla
que hoy, por desdicha, va á haber aquí.
Estragos, horrores,
desgracias sin cuento
augura el acento
del ronco clarin.

CORO M. Y MAR. Vírgen María, madre de Dios;
de nuestros hijos } ten compasion.
de nuestras madres }

LUC. Vírgen María, madre de Dios,
salva la vida del que me amó!

ESCENA II.

MARIETA. LUCINDA *saliendo de la casa.*

Hablado.

LUC. Marieta...
MAR. Chis! por Dios, (*Haciéndola entrar.*)
no salgas! Estate quieta
en tu escondite. (*Entra tambien en la casa.*)
LUC. No puedo
resistir esta impaciencia.
MAR. Y si te ven?
LUC. Lo oí todo
oculta tras esa puerta.
MAR. Sí?
LUC. Tales preparativos
indican que la pelea
va á ser hoy mismo. Las armas
españolas y francesas
decidirán qué nacion
queda del país por dueña;
y Dios sabe si mi Enrique
perecerá en la refriega.
Ah! Por qué no me dejásteis
buscarle?
MAR. De qué manera?
Ya sabes que por la noche
están cerradas las puertas
de la villa; y además,
ya que logramos á fuerza
de astucia huir de palacio
anoche mientras la gresca,
si el Marqués te vuelve á ver,
la habíamos hecho buena!
LUC. Pobres gentes! por mi culpa
gimen en prision estrecha
los que intentaron salvarme.
MAR. Eran pocos, de manera
que vencieron los sicarios
de ese infame.
LUC. Cuántas penas! (*Pensativa.*)

MAR. Ay que mónstruo! Por temor
de que de nuevo pudiera
apoderarse de tí,
te trage yo á la vivienda
de mi tia; en esta casa
no puedes ser descubierta.

LUC. Qué dirá Enrique de mí?
Me maldecirá!

MAR. No creas...
(*Procurando consolarla.*)

LUC. Y sin embargo, por mucho
que su sentimiento fuera
al escucharme, no es fácil
que comparársele pueda
con el mio. Allí las frases
que pronunciaba mi lengua,
las desmentia en mi pecho
una esclamacion secreta.
Mas de una vez en mis lábios
la tuve que ahogar por fuerza,
temiendo que aquel infame
le dictára su sentencia.

MAR. Por esa misma razon
cuando el Capitan lo sepa...

LUC. Y cómo?

MAR. Tal vez Steffano
haya alcanzado licencia
para salir de la villa,
y á estas horas esté cerca
del campamento español.

LUC. Y si á Enrique no le encuentra?
Renegará de su amor
juzgándome vil y pérfida,
y tal vez en el combate
busque fin á su existencia.
Y yo la causa habré sido
de su muerte!

MAR. Por Dios! cesa...

LUC. Ya no puedo por mas tiempo
resistir esta impaciencia.
Iré á buscarle yo misma.

(*Queriendo salir de casa.*)

MAR. Hija, por Dios! esa idea
es una locura. No
conseguirás que las puertas
te abran, y tal vez de nuevo
á poder de ese hombre vuelvas.

LUC. Oh! voy á perder el juicio.

MAR. Gente viene. Sube apriesa.
(*Lucinda sube al segundo piso de la casa.*)

ESCENA III.

MARIETA, STEFFANO.

MAR. Ah! no es nadie. Es mi marido.

STEF. Ay! (*Sentándose fatigado.*)

MAR. Has tardado hora y media.

STEF. Como siempre. Mi mujer
solo riñendo se encuentra
bien.

MAR. Y vamos, qué has logrado?

STEF. He pegado una carrera!
Cómo he corrido! No sé
ya á dónde tengo las piernas.

MAR. Pero al cabo...

STEF. Déjame
que cobre aliento siquiera.
Esto no es frente, es un rio!
Cómo sudo! Tienta, tienta.

MAR. Pobrecillo! Con que dí:
hiciste el encargo en regla?

STEF. Sí tal: fielmente he cumplido
tus órdenes, Marieta.
Por cierto que me ha costado
mas sustos y mas reyertas!..
—Como iba yo tan de prisa
y estaban las calles llenas
de gente, cada empujon
que daba,—mujer á tierra.—
De modo que al levantarse,
se armaba una pelotera!..
—Unos me decian—bruto!

—Otros me gritaban—bestia!
que creo que son iguales
con muy corta diferencia...

MAR. Bien: pero tú al fin llegaste
al campamento, á presencia
del Capitan.

STEF. Ni por pienso.
Despues de estar hora y media
esperando como un mártir
á que se abrieran las puertas,
el oficial que las guarda
no me dejó salir fuera.

MAR. Ay, Dios mio! Y yo creí
que ya... Pues estamos frescas!
Mas por qué no te ha dejado
salir?

STEF. La pregunta es buena!
Porque no ha querido; que es
una razon de gran fuerza.

MAR. Y Lucinda que confía...

STEF. Me preguntó que cuál era
la causa que me obligaba
á irme de Castellaneta.
Yo aturdido, y no encontrando
nada que fuera respuesta,
le dije... «quiero salir...
á comprar sardinas frescas.»
—Me miró de arriba abajo,
arrugó un poco las cejas
y contestó: «Pues no sales.»
Le hice mil reverencias...
Nada;—se cerró á la banda;
quise salir á la fuerza,
y entonces me arrimó un golpe
el bruto del centinela.
Viendo al fin que la cuestion
se ponia un poco séria,
sin otras esplicaciones,
hácia aquí volví las riendas.

MAR. Ya me figuraba yo
que tu falta de firmeza...

STEF. Digo! Pues si te parece
poca!
MAR. Bien. Estoy resuelta.
Yo misma iré.
STEF. Serás tonta
yendo; en vano te paseas.
MAR. Trae la carta de Lucinda.
STEF. Y qué vas á hacer con ella?
MAR. Llevársela á D. Enrique.
Yo llegaré á su presencia.
STEF. Pero, mujer, supongamos
que por serlo, al fin te dejan
la salida franca; y luego...
qué será de tí, Marieta,
si te ven en despoblado
los soldados..!
MAR. No me aterran.
STEF. Que no? Pues yo, francamente,
me temo las consecuencias.
MAR. Busca al padre de Lucinda.
Díle que su hija le espera.
STEF. Eso es decir que persistes
en marcharte?
MAR. Sí, por esta
(*Abriendo la de la izquierda.*)
puerta que sale al jardin
me voy. (*Sale.*)
STEF. (*Queriendo detenerla.*) Qué maldita idea!
Nada! Se fué. Sin mujer
me he quedado de esta hecha.

ESCENA IV.

STEFFANO.

Pues señor, si viva y sana
vuelve á casa Marieta,
será un milagro de Dios!
Marcharse de esa manera!
Por fortuna, los soldados
(*Paolo sale por la derecha en direccion á la casa.*)

no están ahora para fiestas,
que si no... en fin, vayamos
(*Se dirige á la puerta á tiempo que llega Paolo y llama.*)
á cumplir la otra órden nueva.

ESCENA V.

STEFFANO, PAOLO.

STEF. Quién?
PAOLO. Abre, Steffano.
STEF. Ah! (*Abriendo.*)
Entrad; me haceis un favor
con venir.
PAOLO. Cuál?
STEF. Sí, señor;
(*Poniéndole un sitial.*)
á buscaros iba ya.
Lucinda estaba impaciente,
temiendo por vuestra vida,
y me mandó que en seguida
os buscára diligente.
PAOLO. Pobre niña! (Y de su lado
me tengo que separar...) (*Queda abismado.*)
STEF. No ha cesado de llorar
desde que la habeis dejado.
Verla en el alma me duele,
y no la quisiera ver.
Como no está mi mujer,
no tiene quien la consuele!
PAOLO. Pues dónde fué Marieta?
STEF. A la guerra...
Es decir,
á ver si la dejan ir
fuera de Castellaneta.
Quiere ver al Capitan;
mas de fijo no lo alcanza.
PAOLO. Y á los peligros se lanza
por complacer el afan
de mi hija! Mucho á los dos
os debemos.
STEF. No hay tal cosa.

Se empeñó en ello mi esposa...
Vaya bendita de Dios!

PAOLO. Gracias por el interés
que tomais por nuestra suerte.

STEF. Me alegraré que la muerte
le den hoy á ese francés.
—Pero no subís arriba?

PAOLO. No: de aquí me alejaré,
pues si mi hija me vé,
posible es que se aperciba
de la impaciencia que siente
mi corazon agitado...
—y ya mi palabra he dado, (*Luchando.*)
—debo marchar prontamente.

STEF. Pero qué puede ocurrir
que os vais de esa manera?

PAOLO. Sí, sí, abrazarla quisiera
por si me toca morir.

STEF. Morir?

PAOLO. Steffano, escucha.
Sabes que anoche, testigos
de mi pena, mis amigos
trabaron desigual lucha.
La estancia del vil raptor
con bizarría asaltaron,
y en sus vidas no pensaron,
pensando solo en mi honor.
Castigar quiso el Marqués
sus voces provocadoras;
se resistieron... No ignoras
lo que sucedió despues.

STEF. Lucinda, mi esposa y yo
nos salvamos... porque huimos.

PAOLO. Los demás nos resistimos;
pero de nada sirvió.
—Tomás y otros que no cuento
en ese castillo están
presos. Tal vez pagarán
muy pronto su atrevimiento.
Pero yo no puedo así
en dura prision dejarlos.

Es deber mio salvarlos,
que se espusieron por mí.

STEF. Cierto: yo tambien me obligo
á ello; me podeis mandar...
—Pero si hay que pelear,
que no se cuente conmigo.

PAOLO. Mucha sangre ha de correr,
si llega ese duro estremo.
Mas yo al peligro no temo
si cumplo con mi deber.
Tienen todos mis mejores
amigos deseo igual;
y apenas den la señal
de asalto los sitiadores,
ardiendo en muy justa saña,
segun pensado tenemos,
el castillo tomaremos
al grito de «viva España!»

STEF. Eso es. Tomarlo!
(*Suena un disparo de cañon.*)

PAOLO. Esa ha sido
la señal. Voy.—Me detiene... (*Volviéndose.*)
Quisiera verla.

STEF. Ella viene.

LUC. Padre mio! habeis oido... (*Baja asustada.*)

ESCENA VI.

DICHOS, LUCINDA.—*Luego* CORO *de hombres.*

Música.

LUC. Oísteis, padre mio?
sonido harto fatal
anuncia que mi pena
mayor luego será.

PAOLO. No temas que en la lucha
sucumba el Capitan,
pues Dios que premia al bueno
su vida salvará.

STEF. Sin mi cara costilla
me quedo á no dudar,
que aun cuando no la maten
aquí no volverá.

PAOLO. (No quiero abandonarla
y es fuerza ya marchar.)
Adios! (*Abrazándola.*)
LUC. Qué! de mi lado
señor, os ausentais?
PAOLO. Muy pronto aquí, hija mia,
de vuelta me tendrás.
LUC. Mas tiembla vuestra mano...
por qué agitado estais?
PAOLO. No es nada...
LUC. Algun peligro
os puede amenazar!
Quedaos!
PAOLO. (Me detiene
su acento angelical.)
(*Salen varios hombres por detrás de la casa: algunos de ellos llaman á la puerta.*)
CORO. Paolo! Paolo!
PAOLO. (Ellos son!) (*Queriendo salir.*)
LUC. Ah! (*Deteniéndole.*)
Padre amado,
vuestra marcha
acrecienta
mi pesar.
Ved que solo,
por desdicha,
con mi pena
me dejais.
PAOLO. Prontamente,
hija del alma,
á tu lado
me tendrás:
bien quisiera
no dejarte;
mas palabra
les dí ya.
STEF. Cuando pienso
que mi esposa
entre el fuego
se vé ya,
tiemblo tanto

que parece
que me encuentro
en su lugar.

CORO. Viva España!
será el grito
que nos sirva
de señal.
Y ante el brio
de los nuestros
los franceses
cederán.

(PAOLO *sale de la casa y se reune con el Coro que se aleja cantando.*)

Viva España! etc.

ESCENA VII.

STEFFANO, LUCINDA.

(*Durante esta escena empiezan á oirse disparos de cañon, gritos, etc., que van poco á poco en aumento.*)

STEF. Ya se armó!
LUC. Temo por él!
y por mi padre; por ambos!
Salir ahora á la calle
despues del bando...
STEF. Qué bando? (*Suena un cañonazo.*)
Anda!
LUC. Dios mio! Salvad
su vida.
STEF. Se va arreglando.
Y mi mujer, entre el fuego,
muere sin remedio humano.
LUC. Cuántas desgracias! Matarse
así hermanos contra hermanos!
STEF. No, mujer; son españoles (*Otro disparo.*)
contra franceses. Canario!
Ese tiro, segun suena,
mas de cincuenta ha matado.
LUC. Ay, Enrique de mi vida!
STEF. Ay, mujer de mis pecados!
LUC. Tú crees que vencerán

los españoles?

STEF. Es claro.

LUC. Oh! Sí, vencerán. Y Enrique
no morirá, verdad?

STEF. Tanto
como eso...

LUC. Dime que no,
dime que no.

STEF. (Se ha empeñado.)
Lo que digo es que nosotros
morimos á no dudarlo.

LUC. Qué me importa, si él se salva!

STEF. Cómo que no ha de importarnos?
Maldito lo que me agrada
el morir ahora cazado
como un conejo. Al fin, ellos,
su arte están ejercitando;
pero yo que sin comerlo
ni beberlo... Uf..! Hagamos
oracion. (*Al oir otro disparo se asusta.*)

LUC. Pero mi padre
no vuelve.

STEF. No tardará tanto.

LUC. La agitacion de mi padre...
y se fué sin hacer caso
de mis súplicas... su vida
está en peligro; corramos.

STEF. Mujer, espera. Yo iré...
(á esconderme, por si acaso)
(*Váse por la derecha.*)

ESCENA VIII.

LUCINDA.

Dios mio! Si vencerán?
Si será tan desgraciado
Enrique... no, me horrorizo
solamente de pensarlo.
El sufrimiento de anoche
al mentirle, no fué tanto
como el que en este momento

mi pecho está destrozando.
(*Se oyen voces lejanas.*)
—Esas voces...
(*Se pone á escuchar cerca de la puerta de la izquierda.*)
Viva España!
(*Con alegría.*)
Españoles son. Acaso... (*Se dirige á la puerta de la derecha.*)

ESCENA IX.

El MARQUÉS, *precedido de algunos soldados franceses que salen apresurados.*

MARQ. Al castillo... Desde allí
tal vez podamos salvarnos. (*Sale Lucinda.*)
LUC. Dios mio! El Marqués! Favor!
(*Queriendo volver á entrar.*)
MARQ. Lucinda! Me ayuda el diablo!
Oh! este encuentro me indica
que del todo abandonado
por la fortuna no estoy.
LUC. Dejadme.
MARQ. Gritas en vano.
VOCES. (*Dentro.*) Viva Francia!
MARQ. Oyes, aun luchan
y al fin vencerán mis bravos.
VOCES. Viva España!
LUC. Oís? oís? (*Con alegría.*)
Son gritos de los contrarios.
MARQ. No importa : valor me dá
el ver que puedo entre tanto
vengarme dél. Al castillo,
por la fuerza ó de buen grado,
he de llevarte.
LUC. Dios mio!
MARQ. Ven.
LUC. Socorro!
MARQ. Es escusado
cuanto grites! (*Queriendo llevarla.*)
LUC. Por piedad! (*Arrodillándose.*)
MARQ. Sígueme, ó mueres!

(*Amenazándola con la espada.*)

ENR. (*Saliendo por detrás de la casa.*) Villano!

ESCENA X.

DICHOS. ENRIQUE, *luego* MARIETA, *despues* PAOLO, STEFFANO *y* SOLDADOS.

MAR. Ah!

LUC. Enrique!

ENR. Necesito
vuestra vida. (*Lucinda le contiene.*)

MARQ. Bien; vengaos
si quereis. Poco me importa
no poner mi vida en salvo,
al miraros vencedor
y que ya en mi fuga al cabo
llevar no puedo el tesoro
que yo ambicionaba tanto.

ENR. Luego era cierta tu carta? (*A Lucinda.*)
(*Se oyen gritos de* ¡viva España! *Sale Marieta.*)
Esos gritos de entusiasmo
son gritos de mis valientes.
(*Movimiento del Marqués.*)
—No temais: quiero salvaros.
Entrad ahí. (*Señalando la casa de Lucinda.*)

MARQ. Tal merced...

ENR. Nada debiera estrañaros:
los hijos de España siempre
de este modo nos portamos. (*Entra el Marq.*)

LUC. Venid. Mi buen padre...
(*Se dirigen á la derecha, á tiempo que sale Steffano, Paolo y hombres del pueblo.*)

STEF. Viva!
El castillo hemos tomado.

Al mismo tiempo, y al grito de ¡viva España! *desembocan por las calles oficiales y soldados españoles con el pendon de las armas de España. Las bandas de música rompen en un himno triunfal. Los vecinos de las casas salen á las puertas y ventanas.*)

FIN DE LA ZARZUELA.

Aprobada por la censura.—Puede representarse.

Esta Zarzuela se vende á 8 reales en Madrid en la CONTADURÍA DEL TEATRO DE LA ZARZUELA, y en las librerías de *Cuesta*, calle de Carretas; de *Bailly-Bailliere*, calle del Príncipe; y de *Lopez*, calle del Cármen. En las Provincias, en las principales librerías.

En los mismos puntos se venden las zarzuelas tituladas LA EMBAJADORA.—LA PERLA NEGRA.—EL JÓVEN VIRGINIO.—LA DAMA BLANCA y EL DOMINÓ NEGRO, y la comedia en tres actos titulada LA CALLE DE LA MONTERA.